

cos que el mismo filósofo nos ofrecía. Enemigo de todo intento de coincidencia o adecuación de nuestro pensamiento con el pensamiento del filósofo a ser estudiado, Merleau-Ponty propugnaba, al contrario, la recreación del texto original que busca repensar lo que ha quedado *impensado* y como su *sombra*. (Remitimos en este punto al completo y extenso estudio realizado por Josep Maria Bech: *Merleau-Ponty. Una aproximación a su pensamiento*, Anthropos, Barcelona, 2005, pp. 37-38, 84, 91-92). En definitiva, Merleau-Ponty parece sugerir que las posibles e incluso inevitables discordancias encontradas en una obra filosófica no han de ser tomadas como un problema que el autor ha dejado sin resolver, sino como que le toca al lector asumirlas y procurar «determinar el sentido ‘total’ de su pensamiento» (Maurice Merleau-Ponty, *Notes de cours sur l'origine de la géométrie de Husserl*, en Bech, *op. cit.*, p. 91). Pero el movimiento que intente esa determinación tampoco llegará nunca, de hecho, a detenerse, ni se logrará jamás una verdad absolutamente positiva e inmutable. Es así como la última «posición» adoptada por Merleau-Ponty parece «resolver» aquella antigua diferencia con su compañera en la *École Normal*: «me acusaba de preferir la búsqueda de la verdad a la verdad misma» (p. 23 de la presente edición).

Por último, Bello Reguera consigna una importante cantidad de estudios sobre Merleau-Ponty indicando, además, los temas más estudiado hasta la actualidad, material sumamente útil a todo investigador que desee adentrarse y/o profundizar en el conocimiento del gran fenomenólogo francés.—TARCISIO PORTO NOGUEIRA.

SAN MIGUEL DE PABLOS, JOSÉ LUIS, *Filosofía de la naturaleza. La otra mirada* (Barcelona, Kairós, 2010). 320 pp.

No son excesivamente abundantes los buenos manuales de Filosofía de la Naturaleza escritos en castellano. Es más: algunos de los que existen mantienen una rigu-

rosa ortodoxia neotomista más cercanos a la antigua Cosmología que a la moderna Filosofía de la Naturaleza. Reservada hoy la palabra «Cosmología» a la disciplina científica que indaga y sistematiza los saberes sobre el Universo, su origen, composición, expansión, desarrollo y posible futuro, los currículos filosóficos han recuperado la antigua denominación de Filosofía de la Naturaleza, describiendo la labor de los antiguos filósofos naturales: Aquellos viejos filósofos mediterráneos que, a partir de sus observaciones y medidas, especulaban sobre la naturaleza de la realidad natural.

No es fácil llegar a un consenso entre los filósofos sobre lo que constituye hoy el núcleo de la Filosofía de la Naturaleza. Tal vez porque se trata de una disciplina situada a horcajadas entre las ciencias de la naturaleza y la filosofía. Pivotando entre ambas tradiciones, nunca hay un acuerdo sobre si los profesores de esta disciplina deben ser científicos que reflexionan filosóficamente sobre la metafísica de la ciencia, o son filósofos que hacen un escarceo por los complejos territorios del conocimiento científico.

La práctica nos muestra que en cada uno de los dos casos, los resultados son muy diferentes. La Filosofía de la Naturaleza que hacen los científicos suele ser de un carácter muy diferente de la que hacen los filósofos. En nuestro caso, el volumen que se presenta tiene la particularidad de haber sido escrito por un científico que posteriormente se hizo filósofo profesional. El profesor José Luis San Miguel de Pablos procede del mundo de las ciencias. Es Licenciado en Ciencias Geológicas. Pero realizó su tesis doctoral en filosofía, abordando cuestiones que van más allá de los paradigmas científicos sobre el planeta Tierra. Esta formación anfibia (que no ambigua) hace del trabajo del profesor San Miguel algo que puede sorprender a más de un lector. No porque se sitúe en la frontera borrosa entre las ciencias y la filosofía, sino porque a partir de las hipótesis y paradigmas científicos, trasciende hacia

los horizontes de las metafísicas, de las reflexiones transdisciplinarias. Es más: la incorporación de elementos filosóficos que van más allá de occidente, ofrece una mirada diferente de la realidad natural al conjunto de su reflexión.

Como el mismo autor reconoce, la imagen de la Naturaleza imperante a partir de la revolución científica es la de una maquinaria cuyos movimientos pueden ser predichos y, por tanto, controlados. Consecuentemente, el antiguo asombro y veneración por el mundo natural se ha ido transformando en una actitud puramente cuantificadora, ergo mercantilista y fría. Pero es posible proyectar sobre la Naturaleza una mirada distinta: la que, reconociendo nuestra implicación en ella, la percibe como un sujeto sensible y dialogante que participa de la misma vitalidad que nos anima.

Semejante enfoque cuenta con el sostén de la ciencia natural y sus resultados (diríase incluso que vuelve a ser posible gracias a algunos de ellos). Se trata de una ciencia más próxima a la filosofía, en el sentido original y profundo del término, anclada en referentes tan reconocidos como Edgar Morin, Ilya Prigogine, C. G. Jung, Henri Bergson o la filosofía Advaita. Contribuir a que crezca esa otra mirada imprescindible hacia la realidad compleja y englobante que llamamos Naturaleza es el principal objetivo de este ameno libro.

Nacida esta obra de su experiencia de aula con los alumnos de la Universidad de los Mayores en la Universidad Comillas, el intento del autor no es presentar un tratado erudito y sesudo sobre los puntos más conflictivos de las relaciones entre las ciencias y la filosofía, sino dotar a los estudiantes de una herramienta básica de reflexión. El punto de partida es, necesariamente, el de la filosofía anterior a Sócrates. Hace dos milenios y medio, la filosofía occidental nacía como interrogación sobre la raíz de «todo cuanto hay», como filosofía de la naturaleza. En esta tierra se enraíza la reflexión sobre lo natu-

ral que llega hasta nuestros días. Pero el racionalismo radical postuló que la ciencia no necesita muletas filosóficas y que es suficiente por sí misma para responder a todas las preguntas. Pero en las últimas décadas, grandes científicos vuelven a subrayar la pertinencia y la necesidad de tal filosofía. ¿Por qué? ¿No basta acaso con la ciencia? ¿Qué *no ha cambiado* en un período tan dilatado, para que aquellas primeras preguntas conserven plena vigencia y vitalidad?

El autor, José Luis San Miguel de Pablos, aborda estos interrogantes, junto con otros, como: ¿Qué debemos entender por naturaleza? ¿Qué posición ocupa el ser humano dentro de ella? ¿Qué diferentes modos de concebir el mundo natural y la relación hombre-naturaleza encontramos en las distintas tradiciones culturales?

Desde su ser en el mundo como geólogo, afirma: «En los últimos años, la imagen fotográfica de la Tierra se ha popularizado, hasta llegar a convertirse en el principal símbolo de la *integralidad* de unos procesos naturales que comprenden, por supuesto, el fenómeno de la vida. Dicha imagen le sugiere con fuerza al ser humano de hoy que la naturaleza también puede ser *sujeto interlocutor* y no sólo objeto pasivo. Ahora bien, el diálogo con la naturaleza demanda una reflexión en profundidad acerca de la misma y de los modos de conducirlo, una reflexión filosófica».

Desde este planteamiento y lugar epistemológico, el autor presenta una panorámica histórica de las concepciones del mundo natural, principalmente occidentales, aunque haciendo referencia también a tradiciones de otras áreas, transita por las grandes corrientes o tradiciones de filosofía de la naturaleza, caracterizando sus núcleos y evaluando su vigencia y focaliza su atención en el estado actual de la cuestión, destacando el trasfondo filosófico de las controversias recientes y en curso acerca del mundo físico y la naturaleza.

Como geólogo y filósofo de la geología, dedica un capítulo especial al tema clave

«Tierra y Naturaleza» y «Tierra y Vida» (objeto del Año de la Tierra) promoviendo especialmente la discusión acerca de las implicaciones ambientales, sociales, antropológicas y políticas del mismo. Una selecta bibliografía y una cuidada presentación tipográfica por parte de la editorial Kairós, facilitan la lectura haciéndola más grata.—L. SEQUEIROS.

MARTÍNEZ PORCELL, JOAN, *Dios, persona y conocimiento. Cuestiones selectas de Metafísica* (Ed. Balmes, Barcelona, 2008). 322 pp.

Como lucidamente aseveró Miguel de Unamuno, el filósofo es ante todo una persona de carne y hueso, por eso es natural que en todo razonamiento se trasluzcan sus vivencias, convicciones y opciones más fundamentales. Por eso, preguntar si es posible hablar de «filosofía cristiana» es casi una redundancia, casi lo mismo que preguntar si puede haber una *determinada* filosofía, pues la filosofía cristiana se determina como cualquier otra filosofía (p. 184). Porqué, ¿qué hay sino *filosofías*?

La presente obra de Joan Martínez Porcell parte de la convicción que puede hablarse con todo rigor de filosofía cristiana. Recogiendo la herencia categorial de la filosofía griega, la meditación cristiana tomó progresivamente como puntos nucleares la primacía de Dios, la apertura constitutiva de la persona y la inteligencia radical del ser. Sin embargo, en todo ello hubo una aportación original, genuinamente «cristiana», que transformó profundamente el sentido de los elementos filosóficos recibidos. Nos referimos a la noción de *creación*. Con ello, entiende el autor que el cristianismo dotó de mayor profundidad existencial la diferencia entre ser pleno y ser participado típica del platonismo, que en el fondo tiende al monismo (p. 163), al traducirla como una relación metafísica existencial cuya síntesis última es creado-Increado. Por eso, es importante no olvidar el papel que Santo

Tomás de Aquino otorgó a la proporcionalidad, que es precisamente la que permite insistir en la «diferencia».

Asimismo, de la historia de la filosofía cristiana (cuya historia reseña concisa y suficientemente la primera parte de la obra) también cabe destacar, como hace Porcell, el episodio nominalista. La restricción de la actualidad del ser fue la razón que permitió (a la Reforma, por ejemplo) quebrar la posibilidad de fundar un pensamiento abierto al Origen, y es que, como dice Porcell, «comprender el sentido del *actus essendi* es comprender que lo primero para la criatura es ser creada, de modo que ser creada significa la intrínseca dependencia de la criatura respecto del Creador» (p. 164). Dios es el Primero y la existencia de lo contingente, un 'don'.

En efecto, la filosofía tiene en su haber la recurrente pregunta por el Origen de lo real, por eso la filosofía cristiana habla de Dios como el Primero. Tomando como punto de referencia el esquema natural y entitativo del orden causal típicamente griego, los filósofos «cristianos» existencializaron el primer motor aristotélico hasta tal punto que no ya puede hablarse de una mera prolongación conceptual. Un tránsito que, subraya el autor, sólo puede entenderse desde la subyacente experiencia personal de «encuentro» con dicho Primero, «Dios».

Por otro lado, no cabe olvidar que la filosofía cristiana se mantiene abierta a la revelación, y así, si bien considera la aptitud de la razón en sí misma, no tiene reparos en conceder relevancia a la luz de la fe. Con todo, y a pesar de que el encuentro con la revelación y la fe que de ello emana son elementos intrínsecos a la reflexión filosófica cristiana, «la razón pervive en el deseo por ver lo que cree. Lo que se cree no se sabe, pero deseamos saber» (p. 299), lo cual nos aboca a una «tensión» enriquecedora que no es constatable, por ejemplo, en la filosofía islámica. El hombre cristiano razona y lo hace desde la libertad de su propio pensar, apostilla Porcell.